

ESTUDIO

Ana M^a Matute, la mágica realidad

por Anabel Sáiz Ripoll*

Concienzudo análisis de las obras y de los personajes que Ana María Matute, uno de los valores más sólidos de nuestra literatura, concibió pensando en el público infantil y juvenil. La mayoría suelen ser historias intimistas, entre la realidad y la fantasía, protagonizadas por «niños pocos corrientes» o «niños con problemas» que



buscan su propio yo, e intentan afianzar su personalidad. El saltamontes verde, El polizón del Ulises o El verdadero final de la Bella Durmiente, son los títulos emblemáticos sobre los que se apoya este estudio, que nos descubre también parte de la biografía de esta autora, marcada tempranamente por el impacto de la guerra civil española.

Ana María Matute (Barcelona, 1926), nacida en el seno de una familia burguesa, repartió su infancia y adolescencia entre Mallorca, Barcelona, Madrid y Mansilla, en Castilla la Vieja (la Artámila de sus novelas). Hasta los 10 años vivió tanto en Barcelona como en Madrid, a causa del trabajo de su padre. Los veranos los pasaba en la Sierra de Cameros y, a los 8 años, para recuperarse de una enfermedad, fue a vivir allí un año con sus abuelos, lo cual marcó e influyó en su vida y en su obra. Ella misma reconoce: «Creo

que este tiempo fue decisivo para mí. Las gentes del campo de Castilla, sus problemas, su atroz lucha por la vida, se me revelaron por primera vez»¹

Niña precoz, escritora precoz

Se educó en un colegio de religiosas, las Damas Negras, y sufrió, a temprana edad, la Guerra Civil. Esa experiencia fue tan dura que incluso aparece en sus obras dedicadas a los niños. Pensemos en lo difícil que es hablar de la guerra a los niños y en cómo Ana María Matute es capaz de hacerlo sin perder realismo, pero apelando a lo único que no podemos dejarnos arrebatarse nunca: la ilusión. Veamos un fragmento de *Carnavalito*: «De esta forma atravesaron campos y aldeas abandonadas, rotas y negras de humo. En todas partes Carnavalito hallaba alguna cosa buena:

espigas caídas, amapolas, una rosa ateridas y triste entre zarzales, un grillo que cantaba destempladamente entre las ruinas...»²

Por todo ello no debe extrañarnos demasiado que Ana María Matute comente, acerca de su infancia y en relación a su trabajo de escritora que: «No sin cierta zozobra he de confesar que siempre fui en lo que respecta a esta vocación, eso tan horrible que suele llamarse niña precoz...»³

Ana María Matute ha repartido su actividad

literaria entre el ámbito adulto y el infantil. Es una excelente novelista, de estilo propio y vigoroso que nunca se deja llevar por las medias tintas. Trata sin hipocresías y sin afectada sensibilidad todos los problemas de una época que ella vivió y sufrió de cerca. «Mis obras —declara— son desagradables». Y añade: «Yo no he venido a traeros la paz».⁴

En sus novelas para adultos se nota mucho la marca de la Guerra Civil española y de sus secuelas, aunque, desde siempre, el niño es y ha sido su personaje favorito. Se trata del niño que «sueña con unas alas para huir y se refugia en un rincón solitario, se aísla. Se proclama en un adulto para proclamar su desilusión, que vuelve la espalda al mundo después de haber experimentado, denunciado la odiosa hipocresía»⁵ Y en esta línea clara y sincera se sitúa su obra.

Ana María Matute, no obstante, advierte que ha escogido la literatura «como un medio, para mí el más apropiado y el más eficaz, para comunicar a los hombres la idea que me he hecho sobre ellos y expresarles mi solidaridad con su dolor de vivir».⁶ Y continúa: «El verdadero talento del escritor consiste en poder levantar en una imagen, en una palabra, su indignación, desagrado, deseo de justicia»⁷

No debemos pasar por alto, pues, las obras dedicadas al lector adulto: *Los Abel* (1948), finalista del Premio Nadal en 1947; *Las Luciérnagas*, finalista del Nadal en 1949, cuya versión revisada y corregida, ya sin censura, ha sido publicada en 1993; *Fiesta al Noroeste* (1953), Premio Café Gijón 1952; *Pequeño teatro*, Premio Planeta 1954; *En esta tierra* (1955); *Los niños tontos*, veintidós relatos sobre la experiencia de los niños durante la guerra; *El tiempo* (1956); *Los hijos muertos*, Premio de la Crítica 1958 y Premio Nacional de Literatura 1959; *Primera memoria* (1959), Premio Nadal, primera parte de la trilogía *Los mercaderes*; *Los soldados lloran de noche* (1964), Premio Fastenrath, segunda parte de la trilogía; *La trampa* (1968), tercera parte de la trilogía. Ha publicado también ensayos: *A la mitad del camino* (1961) y *El río* (1963); novelas cortas, cuentos y relatos: *Historias de la Artámila*, *El arrepentido* (1961) y *Algunos*



JOSÉ MARÍA PRIM, LOS NIÑOS TONTOS, DESTINO, 1992.



WENCESLAO MASIP, PAULINA, LUMEN, 1986.

muchachos (1968). Su obra, insistimos en ello, lleva la marca del inconformismo y lucha contra las injusticias de todo tipo.

El camino de la ternura

Ana María Matute se casó en 1952 y en 1954 nació su hijo Juan Pablo. Es un dato no sólo biográfico, sino decisivo y afortunado para la literatura infantil española, porque Ana María Matute empezó a escribir cuentos infantiles para su hijo Juan Pablo, su inspirador y primer destinatario. En 1956 publica su primer libro de cuentos titulado *El país de la pizarra*. Con esta obra, y otras muchas que le seguirán, Ana María Matute retorna a la niñez y se dirige directamente a los niños, a quienes quiere y respeta, a quienes habla y por quienes derrocha ternura. Rosa Romá define su primer cuento diciendo que es «una

fantasía para niños, con la que parece vengarse al mismo tiempo de las matemáticas y proclamar a las letras vencedoras. Cuento con el que tal vez también ha pretendido simbolizar el materialismo que aprisiona, y las letras, la poesía redentora»⁸

Hay que destacar que, paralelamente, Ana María Matute sigue su doble camino de escritora; por un lado, la autora que observa el mundo real y no se calla sus defectos y, por el otro, la escritora-niña, con palabra clara y dulce, que se dirige a su hijo y a todos los niños que aún no saben de las mezquindades porque están empezando a leer. Por eso, cuando la escritora para adultos pasa por períodos de mutismo literario como, por ejemplo, el que atraviesa tras la publicación de *Los hijos muertos*, en que un momento de crisis y desánimo personal le impide escribir, busca refugio en la magia y la ensoñación de sus libros para niños. Y así nacen *Paulina*

(1960) y *El saltamontes verde* (1961).

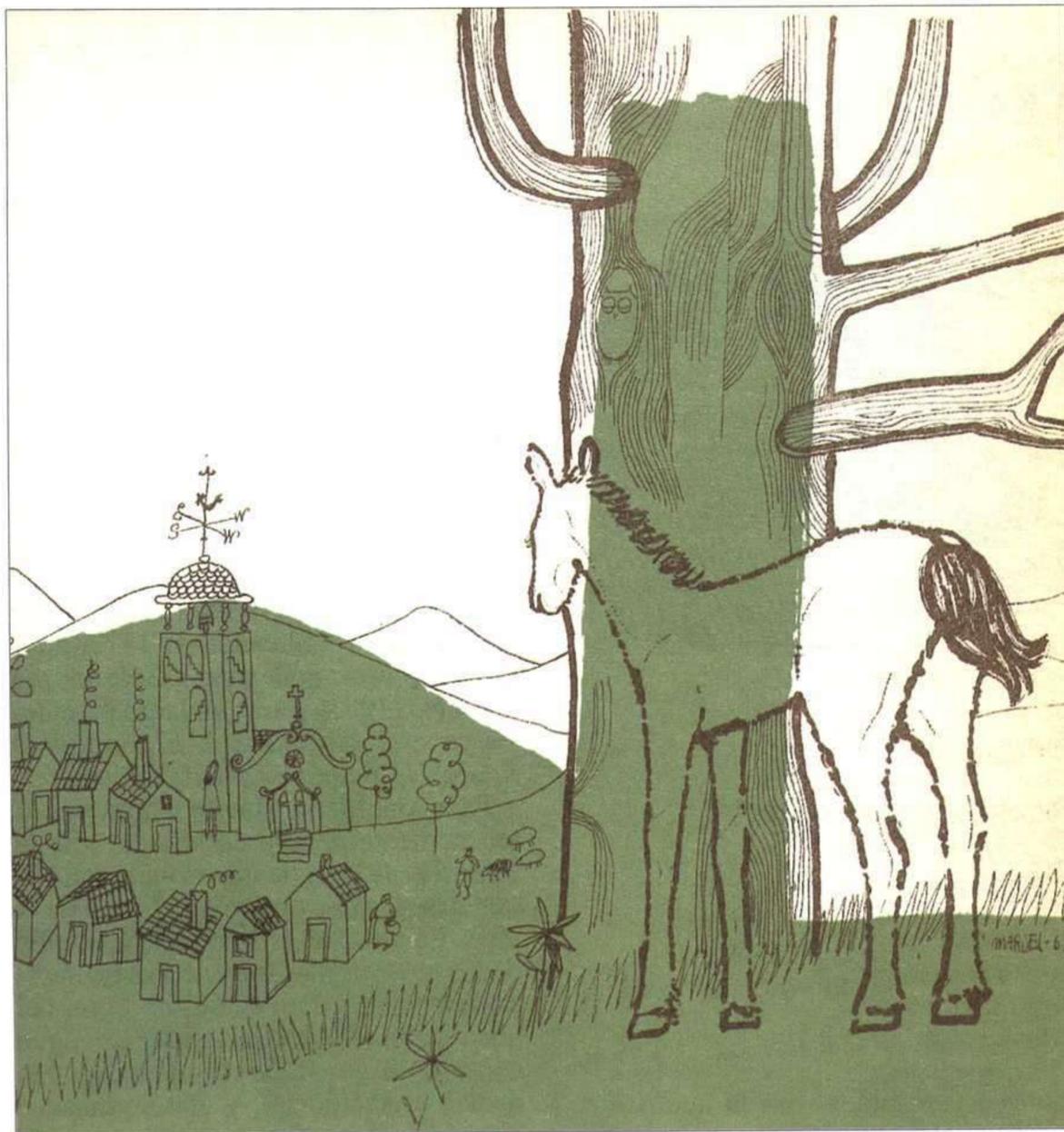
Paulina es la historia de una niña de 10 años, los que tenía la autora al estallar la guerra, pero es también la historia de una amistad y de una comprensión que sólo los niños pueden dar. *El saltamontes verde* es uno de los cuentos más hermosos que se pueden leer, en el que se combina el amor hacia los seres más desvalidos con un lirismo impecable, que es una de las grandes cualidades de la obra de Matute.

Cuando Juan Pablo cumple 8 años su madre le escribe otro cuento, *Caballito loco* (1961), una narración dulce y reposada que nos da una lección de amor entre un caballo y un niño duro y despiadado. Sus siguientes títulos son: *El polizón del Ulises* (1964), *Carnavalito* y *El aprendiz* (publicadas en 1972, aunque fueron escritas antes), *Sólo un pie descalzo* (1983) y, tras un largo paréntesis en esta especialidad, *El verdadero final de la Bella Durmiente* (1995).

Para Ana María Matute la infancia es un momento crucial de la vida: «En la infancia vivimos de una manera total lo que después nos ocurre en el resto de la vida. La vida no es sino una repetición de los motivos más importantes de nuestra infancia».⁹ Y, en su último libro, del que hablaremos más adelante, sigue con esta idea: «A fin de cuentas, había nacido y crecido allí, y uno permanece apegado a su infancia y, cuantos más años pasan, menos advierte los defectos que pudiera tener el entorno donde transcurrió»¹⁰

A menudo, desde sectores de opinión y de crítica, se ha hablado del aislamiento y la soledad escogida de Ana María Matute como si ello fuera censurable. Y es que, como muy bien explica Rosa Romá: «El escritor no es, no debe ser, un divo, ya que su obra nace en ese mundo tan suyo, íntimo, desconocido, que debe permanecer inalterable. No es tampoco un agente que haya de pregonar sus libros como un objeto que vender. Pero en Ana María hay como un grito desesperado exigiendo que no se salten las barreras que la protegen».¹¹

La mayoría de sus cuentos han sido traducidos al alemán, francés e inglés, y algunos también al ruso, japonés y ucraniano. Como autora de literatura infantil ha recibido, entre otros, los siguientes



MARCEL, EL CABALITO LOCO, LUMEN, 1970.

premios: el Lazarillo, en 1965, por *El polizón del Ulises*; el Premio Nacional de Literatura Infantil, en 1984, por *Sólo un pie descalzo* y el Ciutat de Barcelona, en 1995, por *El verdadero final de la Bella Durmiente*. Ha sido, además, candidata al Premio Andersen en 1970 y en 1984 (en 1972 el jurado de este premio le concedió una mención especial) y, finalmente, la Universidad de Boston ha fundado la «Ana María Matute Collection», que conserva todos sus manuscritos.

Niños poco corrientes

Las historias que nos cuenta Ana María Matute son tiernas y entrañables, pero nunca gratuitas y fáciles. Son rela-

tos preciosos que combinan el fondo con la forma, para conseguir que el niño o la niña lectores asuman su propio proceso evolutivo. Suelen ser historias intimistas y reconcentradas, de «niños con problemas» o «niños poco corrientes»: un niño al que le han robado la infancia en *Caballito loco*; un niño sin voz en *El saltamontes verde*; un niño ciego que sufre en *Paulina*; una niña que pierde un zapato en *Sólo un pie descalzo*, y dos niños huérfanos en *Carnavalito* y en *El polizón del Ulises*. Son niños solitarios, diferentes, que van buscando su propio yo. Como bien dice Alfredo Gómez Cerdá: «Escribir libros intrapsíquicos, de superación de problemas, de conflictos personales, supone que el autor tiene que vivir especialmente cerca de sus personajes. Tiene que establecer compli-

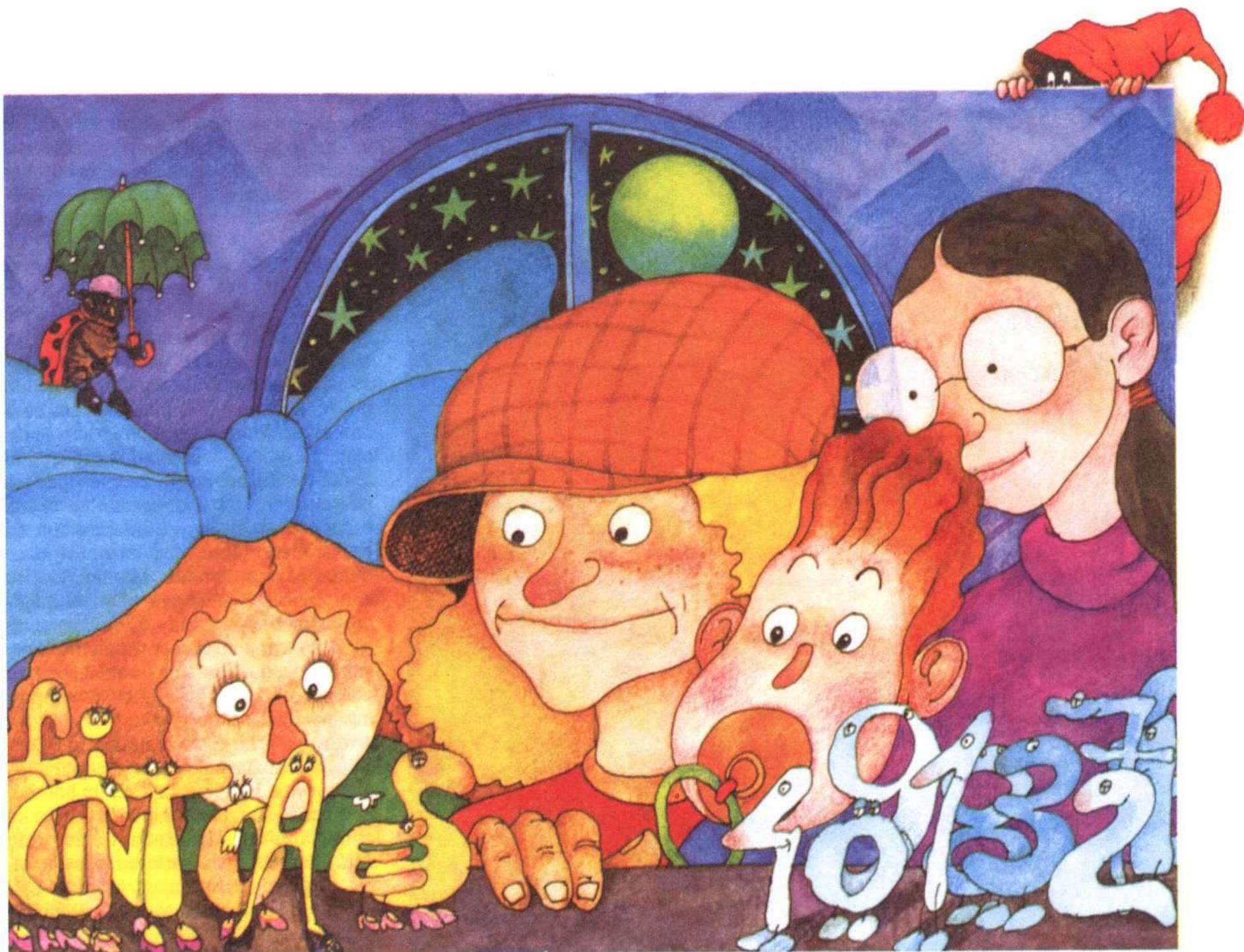
idades. Tiene que identificarse con todos, emocionarse con todos, sufrir con todos...».¹²

Tras leer a Ana María Matute, y hablo desde la óptica de un adulto que se resiste a perder la infancia, nos quedamos con un regusto agrisado y nostálgico, aunque positivo y esperanzador porque la alegría, nos dice la autora, nace del corazón de uno mismo: ése es el lugar donde hay que buscar primero. Sus niños son, pues, seres que quieren afianzar, o conocer o dominar su personalidad. Son niños que están creciendo y que se encuentran con toda clase de obstáculos. Uno de los peores es el que les pone la sociedad, el grupo como masa o como muchedumbre. Este grupo es siempre negativo para la escritora, porque sólo sabe hablar como en sordina, sin importarle si los rumores que trae y lleva son ciertos. Lo importante son los personajes individuales, que saben escuchar y comprender.

Los relatos de Ana María Matute suelen inscribirse en el terreno de los cuentos maravillosos, aunque, a diferencia de éstos, el protagonista es siempre un niño normal, un niño con dudas, con problemas, con necesidad de amar y ser amado, y de aceptar y ser aceptado. El lector se encontrará con una serie de personajes que no están prefigurados de antemano, que son capaces de evolucionar, que le enseñan los pasos que él también podrá seguir en la vida, que no le pintan una sociedad dulce y agradable, sino que le descubren que hay otros problemas que él aún no acierta a entender.

A menudo intervienen elementos inanimados o animales que ayudan al niño en su largo camino hacia sí mismo, que le ayudan a entrar en el mundo adulto sin dejar de lado la magia y la fantasía. No hay muchos diálogos en estas obras, pero sí frases en forma de retazos, de memoria, que nos transportan a una atmósfera evocadora. El escenario de las obras de Matute suele ser el campo, no la ciudad. Y es que a la autora le interesa el contacto directo con los orígenes, con la naturaleza, en donde el niño puede aceptarse como es y volver a lo puro y esencial, donde pueden desarrollarse sus historias de amistad, de solidaridad, de cariño y amor.

La cualidad innegable de la prosa de



ARTURO HERAS, EL PAÍS DE LA PIZARRA, LUMEN, 1978.

Ana María Matute es su lirismo y su prosa poética de gran alcance. Así, emplea un lenguaje muy plástico, tal vez porque, de pequeña, se dedicó un poco a la música y a la pintura, y ya se sabe que escribir —mezclar sensaciones—, tiene mucho que ver con la mezcla de colores en una paleta o en un lienzo. El léxico de Matute es intenso y lírico, lleno de silencios y de susurros, lleno de emoción, sonoro y tierno a la vez. Su sintaxis es clara, de frases simples con enumeraciones y bimetraciones que dan un tono muy expresivo a la narración. Sus relatos no se remansan en exceso, ya que mantienen un ritmo ágil.

La autora reflexiona en voz alta pero sin pararse, centrándose más en la acción, en la narración.

En busca de la propia identidad

En *El saltamontes verde*, Ana María Matute habla de un niño huérfano, Yungo, que es recogido por unos granjeros. Yungo es un niño especial, que tiene problemas de comunicación porque carece de voz, ya que se la robaron al nacer. Pero Yungo es un niño muy inteligente, que ha aprendido a escribir solo, que sabe leer y que goza de un oído finí-

simo que le permite escuchar y entender a los animales. Gracias a esa cualidad, salvará a un saltamontes de morir a manos de unos pilluelos. Con él emprenderá un viaje que le llevará a distintos pueblos y a descubrir las cosas de la vida. Yungo aprende a descifrar las palabras de los hombres y lo bueno y malo que hay en ellas:

«Por todas las aldeas y lugares, Yungo veía las palabras de los hombres y de las mujeres, que en su mayoría eran pompas de jabón, o piedras, o algo peor: oscuras y viscosas manchas negras, que se deslizaban boca abajo y producían repugnancia. Alguna vez, un muchacho



La escritora en 1959, año en que ganó el premio Nadal con Primera Memoria.

muy joven, o una criada, o un campesino solitario, tarareaban una canción, y entonces la voz era un manantial pequeño y lleno de sol».¹³

Ana María Matute está del lado de los humildes y de los sencillos, porque con ellos vive la bondad y ésta es una de las ideas que quiere transmitir a los niños. Pero la idea más importante que encierra *El saltamontes...* es otra: la necesi-

dad de aceptarse a sí mismo, de quererse tal como uno es. Y ese es el aprendizaje que le espera a Yungo. El saltamontes actúa de conciencia de las personas y les hace conformarse con lo que tienen. Pero Yungo no encuentra la voz y se siente mal porque no puede hablar. No se conforma con su suerte, y entonces el saltamontes le hace una revelación: si él muere, Yungo podrá hablar. Sin embar-

go, Yungo no puede matar a su único amigo, porque sería como matarse a sí mismo. Y así es como aprenderá a quererse a sí mismo.

Hacia el crecimiento

El polizón del Ulises es un relato narrado en primera persona, que la autora inicia remontándose a nueve años atrás, para contar las andanzas de un niño abandonado a la puerta de una casa adinerada, donde viven tres hermanas solteras. No hay localización espacial ni temporal. El bebé será acogido por las tres hermanas, que depositan en él sus esperanzas y su amor maternal aún no desarrollado. Jujú, que en realidad se llama Marco Amado Manuel, vivirá entre estas tres mujeres —número mágico y simbólico—, muy diferentes entre sí, pero con un comportamiento muy similar, ya que, cada una trata de ocupar una parcela del niño, según sus propias inclinaciones:

«La señorita Etelvina (tía Etel para Jujú) intentaba y deseaba por todos los medios que Jujú llegara a ser un hombre culto; más aún, un hombre sabio. Por su parte, la señorita Leocadia (tía Leo para Jujú) deseaba inculcarle buenos modales, elegancia, dulzura, gusto por el baile, la música y los manjares delicados, amor a las flores y a los animales, y afición a la poesía. En cuanto a la señorita Manuelita (tía Manu), creo que fue, por el momento, la que consiguió más rendimiento de Jujú. Sus enseñanzas eran directas, día a día y minuto a minuto. No se le podía escamotear nada. Lo cierto es que Jujú trabajaba de la mañana a la noche, como un hombre. Y puede decirse que se ganaba limpiamente techo y comida».¹⁴

El polizón del Ulises rompe con la idea de Peter Pan. De ahí, precisamente, la dedicatoria del libro: «Todos los niños del mundo, menos uno, crecen». Jujú también, aunque a él le parezca que todo transcurre despacio. Pero sólo en dos años —los que ocupa la narración—, una serie de acontecimientos harán fraguar su personalidad y le convertirán en un hombre, que abandona sus ideas de aventuras, olvida la obsesión de saber quién es y se concentra en lo más prác-

tico e inmediato: la casa que un día será suya, y sus tías.

La novela, que narra el paso de la fantasía a la realidad, puede dividirse en dos bloques principales: por una parte, la vida cotidiana de Jujú, el trabajo con sus tías, su amistad con los animales y su mundo de ilusión, sus horas en el desván a bordo del «Ulises», donde se refugia siempre que puede. Y por otra, su primera aventura real, que él combina con lo imaginario. Encuentra al señor Fugitivo (el Polizón), lo oculta y lo cuida. Jujú es un niño bondadoso y soñador que cree que el Fugitivo no ha hecho nada malo y es víctima de una injusta persecución. Con él tiene la oportunidad de hacer realidad sus sueños.

También se puede decir que *El polizón del Ulises* es la historia de una amistad porque, a pesar de que el Polizón pretendía huir, abandonando a Jujú, cuando está a un paso de la libertad, vuelve para salvarlo aunque ello le cueste cadena perpetua. Tal vez sea un mensaje muy utópico, —más cerca de Rousseau que de Hobbes—, pero puede hacernos creer en la bondad de las personas.

En definitiva, en este libro se muestra muy bien la evolución psicológica del muchacho, que madura de repente cuando entra en contacto con un problema. No obstante, todo se nos cuenta a través del niño; la narradora no aparece para escribir discursos morales, sino que nos ofrece la información necesaria, sin dejar ningún cabo suelto, para seguir las andanzas de los protagonistas principales: Jujú, que acaba creciendo y dándose cuenta de que la realidad es diferente a los sueños, aunque éstos también son importantes; el Polizón, que se siente generoso por primera vez en su vida; y las tres hermanas, que aprenden a amarse y comprenderse mejor, pese a las diferencias iniciales.

En el relato se dan varios elementos propios de un cuento mágico, como el descubrimiento del pasadizo secreto, la ocultación del fugitivo o la huida en busca de la aventura, aunque el final es más atípico, y se aleja de las convenciones del género al defender que la aventura no está en andar por países maravillosos, sino en aceptar la vida que se nos ha dado con alegría, con afán de supera-

ción. Hay, pues, elementos ya conocidos de otros cuentos, pero también podemos encontrar un curioso paralelismo con un libro bien diferente a simple vista, *Marcelino Pan y Vino*, ya analizado en estas mismas páginas (ver *CLIJ*, nº 68, enero 95, pp. 21-25):

—En ambos casos se trata de niños varones abandonados a las puertas de una casa: el convento en el caso de Marcelino, y la casa solariega en el de Jujú.

—Son niños que crecen solitarios y que son educados en casa, sin ir al colegio.

—Son niños que no tienen amigos de su edad y se refugian en los animales —el gato o la cabra nodriza de Marcelino; el perro, el gallo y la perdiz de Jujú—. En ambos casos, los protago-

nistas muestran predilección por los caballos.

—Son niños que buscan dar rienda suelta a sus sueños, y los dos lo hacen en su refugio favorito: el desván.

—Son niños que encuentran a un amigo mayor que ellos, en circunstancias extrañas: Marcelino a Cristo, y Jujú al Polizón. Eso sí, se trata de dos personajes antitéticos, ya que Cristo simboliza la bondad y el Fugitivo es un ser descarriado, que luego se regenera.

—Son niños que ayudan a su amigo, consiguiendo para ellos alimentos, ropas, medicinas. Los dos cometen pequeños hurtos y adoptan un comportamiento diferente ante los demás.

—Los dos personajes son recompensados por su comportamiento. En el



CESCA JAUME I MARCEL, CARNAVALITO, LA GAYA CIENCIA, 1983.



CESCA JAUME, EL SALTAMONTES VERDE, LUMEN, 1984.

Un Príncipe no tan Azul

Los cuentos de hadas acaban con una fórmula de salida que deja en suspenso la historia, como congelada: hay una boda, un premio, un castigo, un final feliz y «colorín colorado este cuento se ha acabado». Pero en este final no puede concretarse el futuro, y ahí aparece la desazón de los lectores cómplices. Ana María Matute se resiste a pasar por alto toda una vida que no hace más que empezar tras ese utópico cierre. Por eso nos plantea qué pasó con la Bella Durmiente y cómo fue su vida tras el beso del Príncipe Azul. Prolonga la peripecia de los jóvenes enamorados y muestra que la felicidad no es un estado de gracia que se consigue de una vez para siempre, sino que hay que ir alcanzándola poco a poco, sorteando todo tipo de inconvenientes. En este caso en forma de Reina Madre Ogresca.

El verdadero final de la Bella Durmiente es un cuento de hadas, pero escrito desde una óptica actual, para alguien que ha leído ya muchos cuentos y tiene ganas de saber algo más. Es una historia sutil, llena de guiños al lector, de lógica y de coherencia. Al hilo argumental principal, se le añaden detalles de otros cuentos muy conocidos. Se pueden rastrear las huellas de *Blanca-*

caso de Marcelino... el conflicto se resuelve de forma mística y en el de *El polizón...*, de forma más verosímil. Cristo, merced a los cuidados que recibe de Marcelino, le premia con el cielo. Por su parte, el Fugitivo, gracias a estos cuidados, sigue un camino más real y premia a Jujú con la vida, cediéndole, a cambio, su libertad. Marcelino quiere conocer a sus padres, y Jujú decide quedarse en la tierra, cuidar de sus tías y de su hacienda.

nieves en la descripción del bosque sombrío o en la intervención de un montero que, en el fondo, tiene noble corazón y no puede cometer el delito que la Reina le ordena. Aunque, y hay que hacer esta salvedad, la Reina de *Blancanieves* se deja guiar por la vanidad de saberse la más bella, y la Reina de Ana María Matute es una ogresa y no puede evitar comportarse según su naturaleza: «—Ay, querida Princesa, vuestra suegra la Reina Selva es en realidad una ogresa.

Ella no puede evitarlo, porque así es su naturaleza, aunque procura ocultarlo a las gentes». ¹⁵ Hay también huellas de *Hansel y Gretel* en la escena en que la Reina Selva contempla cómo engordan Aurora y Día, sus nietos.

También encontramos valores simbólicos, como la continua renovación de la naturaleza en forma de estaciones; el lenguaje de los pájaros y las plantas; el idioma de Silo, que sólo puede conocer un niño porque sólo el niño es inocente; o el número tres, que son las veces en que es engañada la ogresa. En suma, un cuento que no parte de ninguna carencia inicial, más bien al contrario.

El Príncipe Azul y la Bella Durmiente están en plena luna de miel y gozan de un profundo y tierno amor. Pero, irrumpiendo en la trama argumental, se cruza la historia trágica de la Reina Madre y sus extrañas costumbres, y aún hay más: a la manera de un *flash back*, la autora da marcha atrás en el tiempo y nos explica el pasado de la Reina y sus antecedentes familiares, para que la situemos bien en el momento en que conoce a la Bella Durmiente. Al final, se vuelve al equilibrio inicial, al principio, a la historia de amor entre los jóvenes y sus dos hijos. Aunque, a la luz de la experiencia, la escritora se permite dar un consejo: «Pero debe suponerse que, tal y como suelen terminar estas historias, fueron todos muy felices. Aunque la Princesa nunca más sería tan cándida, ni el Príncipe tan Azul, ni los niños tan ignorantes ni indefensos». ¹⁶

El verdadero final... es una puerta abierta a la imaginación y a la fantasía, aunque también al sentido común, porque en ningún momento se pierde de vista la realidad o, dicho de otra manera, la autora no deja de pisar tierra firme: «Claro que ninguno de los dos había alcanzado eso que las gentes llaman edad de la razón», dice refiriéndose a los dos jóvenes que ignoran el peligro que les aguarda. En definitiva, es una historia de amor y de ternura que nos habla, nuevamente, de valores como la solidaridad y la amistad, y nos previene contra la candidez y el exceso de confianza.

Las descripciones son hermosísimas, llenas de detalles, como cuando describe la sucesión de las estaciones. La

narradora, en este caso, sí aparece en la historia y nos da pistas, hace elucubraciones, ironiza, alude al valor de las tradiciones, a lo nefasto de los rumores, al poder de la ternura, a la muerte, como algo natural, y a la infancia, como ese momento en que todo es posible. Es una narradora sensible e inteligente que no olvida a quién se dirige, y que procura dar todos los elementos precisos para que entendamos las posturas de los personajes, sin caer en los tópicos maniqueos de los cuentos de hadas tradicionales.

No es, por tanto, una narradora cruel e implacable, que se alegra del terrible final de la Reina Madre, sino que lo contempla todo con óptica equilibrada y real. Nadie es malo por naturaleza, se desprende de este texto, sino por las circunstancias o por las propias características personales. La Reina Ogresa nos da miedo, pero no acabamos odiándola, como ocurre con las madrastras típicas. Incluso su propio hijo llora por ella, aunque sólo sea un momento: «al fin y al cabo era su madre», señala con buen juicio.

La hermosa compañía de sus libros

Los libros de Ana María Matute destinados al público infantil pueden colmar las expectativas de cualquier niño o niña que sienta la desazón del nacer de la vida, del crecimiento, que sienta el deseo de romper con la rutina, de ser

uno mismo. Eso es lo que quieren hacer la mayoría de sus personajes, aunque también se dan cuenta de que, a veces, la aventura mal encaminada, mal conducida, puede llevar a la aniquilación. De ahí que, con la madurez, se acabe el ardor adolescente y juvenil y sobrevenga la reflexión, que puede no ser tan atractiva, pero sí es más segura.

De todas formas, hay que vivir alguna

experiencia fuerte en la vida para tener elementos de juicio y valorar lo que se ha hecho y lo que se hará. Lo importante es aceptarse como uno es, aceptar la propia vida y saber sobrellevarla. Los relatos de Ana María Matute presentan una gran coherencia interna y suelen



TERESA RAMOS, EL VERDADERO FINAL DE LA BELLA DURMIENTE, LUMEN, 1995.



ARTURO HEPAS, EL PAIS DE LA PIZARRA, LUMEN, 1978.



aludir a los grandes temas como el amor y la protección hacia los niños huérfanos y desvalidos, el trabajo diario como fuente de bienestar, la comprensión, la tolerancia y la solidaridad. ■

*Anabel Sáiz Ripoll es Doctora en Filología y profesora-directora del IES «Jaume I» de Salou (Tarragona).

Notas

1. Citado por Carmen Rute en «Autores españoles del siglo XX», en *Curso de literatura infantil por correspondencia*, 5, Madrid: Acción Católica Ediciones, 1982 (p. 26).
2. *Carnavalito*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1992, (p. 62).
3. Citado por Rosa Romá en *Ana María Matute*, Madrid: Epesa, 1971.
4. Citado en volumen 23 de *Gran Larousse Universal*, Barcelona: Plaza y Janés, 1994.
5. *Ibid.*
6. Citado por Rosa Romá, op. cit.
7. *Ibid.*
8. *Ibid.*, p. 73.
9. *Ibid.*, p. 125.
10. *El verdadero final de la Bella Durmiente*, Barcelona: Lumen, 1995, p. 16.
11. Rosa Romá, op. cit., p. 116.
12. Alfredo Gómez Cerdá, «Relatos de conflictividad intrapsíquica», en *Corrientes actuales de la Literatura Infantil y Juvenil en lengua castellana*, Madrid: IBBY, 1990, p. 74.
13. *El saltamontes verde*, Barcelona: Lumen, 1989, (p. 39).
14. *El polizón del Ulises*, Barcelona: Lumen, 1988, (pp. 21-23).
15. *El verdadero final de la Bella Durmiente* p. 64.
16. *Ibid.*, p. 64.



HUGO FIGUEROA, EL POLIZÓN DEL ULISES, LUMEN, 1991.

Bibliografía

Bravo-Villasante, Carmen: *Antología de la literatura infantil española*, Madrid: Escuela Española, 1985.

Castro Alonso, Carlos A.: *Clásicos de la literatura juvenil*, Valladolid: Lex Nova, 1982.

Díez-Borque, José M^a: «Siglo XX», vol. IV de *Historia de la literatura española*, Madrid: Taurus, 1980.

Gómez Cerdá, Alfredo: «Relatos de conflictividad intrapsíquica», en *Corrientes Actuales de la Literatura Infantil y Juvenil Española en lengua castellana*, Madrid: IBBY, 1990, (pp. 73-75).

Matute, Ana María: *Caballito loco*.

Carnavalito, Barcelona: Círculo de Lectores, 1992. (Hay edición en Lumen).

Paulina, Barcelona: Círculo de Lectores, 1992. (Hay edición en Lumen).

El polizón del Ulises, Barcelona: Lumen, 1988.

El saltamontes verde, Barcelona: Lumen, 1989.

Sólo un pie descalzo, Barcelona: Círculo de Lectores, 1992. (Hay edición en Lumen).

El verdadero final de la Bella Durmiente, Barcelona: Lumen, 1995.

Roma, Rosa: *Ana María Matute*, Madrid: Epesa, 1971.

Rute, Carmen: «Autores españoles del siglo XX», en *Curso de literatura*

infantil por correspondencia, 5, Madrid: Acción Católica Ediciones, 1982.

Sáiz Ripoll, Anabel: *Análisis de un modelo textual. Mecanismos y estructuras del discurso persuasivo dirigido a la infancia*. Tesis doctoral inédita, leída el 7 de febrero de 1992 en la Universidad de Barcelona en Tarragona, hoy Universidad Rovira y Virgili.

Yndurain, Domingo: «Epoca contemporánea (1939-1980)», vol. 8 de *Historia y crítica de la literatura española*, dirigida por F. Rico, Barcelona: Crítica, 1981.